

ma que implica *sufrir* una metamorfosis deja de serlo y se empieza a vivir uno nuevo: el de la búsqueda, que es un viaje distinto. También es emoción pura. En la novela, la vida que se vive y los itinerarios son todo, como lo es en la vida el nacimiento de un día. Los caminos no se abren ni se hacen, se les busca. Los terrenos no se les fotografía, se anda sobre ellos, se les posee con los poros de la piel, como lo hacen los caracoles pedreros con el mundo. Los soles no calientan demasiado ni la lluvia agobia, los bichos jamás se saciarán de nuestra sangre<sup>15</sup>, el hambre es una entelequia<sup>16</sup>, el miedo a lo desconocido una tara<sup>17</sup>, el cansancio un eufemismo, los mapas un registro sin eternidad, y en América la arquitectura telúrica, con estilos imposibles de asociar sólo con catedrales barrocas y cósmicas disposiciones megalíticas, todo es forma nueva, como son nuevas siempre las orillas de un río. No hay aprendizajes sistémicos. Para llegar a *ser* –que es el trabajo más esforzado del ser–, no se necesita una pedagogía de escuela. Basta conectar los bronquios a vientos inéditos. Primero fue el tiempo, luego las uñas que levantaron el polvo sobre la tierra.

#### IV

De regreso de la Gran Sabana, en Ciudad Bolívar, la avioneta simula no hacer escala y Carpentier tuerce hacia el occidente remontando el Orinoco. Potentes dados de granito echados por Amalivacá cuando la eternidad parecía apostarse en un juego de azar, los tambores de La Encaramada y los petroglifos que los adornan como miniaturas hechas por gigantes, nos hablan de nuevo de los mitos, del Diluvio<sup>18</sup> en la Edad Antigua cuando el Gran Inundador, después de repoblar el mun-

<sup>15</sup> Humboldt nos refiere que en sus viajes por el Alto Orinoco, los bichos picaban tanto que incluso el color de la piel cambiaba y que literalmente ya no había más sitio para tanta picadura. *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente*. Caracas: Monte Ávila, 1985, T. III, pp. 317-331.

<sup>16</sup> Cuando se viaja, la fisiología cambia. El agua «enfermiza» de río en una taza de mañoco permite soportar jornadas de varios días como si el tiempo fuera mítico. Pude comprobarlo en mis viajes por el Orinoco Bajo y Medio en 2003. En *Los pasos perdidos*. Un viaje (inédito) sigo la trayectoria de Alejo Carpentier en Venezuela. *Beca Internacional de Artes*. Colombia, México, Venezuela, 2002.

<sup>17</sup> Durante toda la vida nos preparamos para no sentir miedo, que equivale a estar listos a sentirlo. No es posible disponer la experiencia para lo desconocido, pues no sólo cerraríamos los ojos ante el abismo, y es en el abismo donde ocurre el choque, donde realmente empezamos a ser.

<sup>18</sup> Este mito tamanaco aparece en *Los pasos perdidos*, en su cuento «Los advertidos» y en el texto *El Salto del Ángel en el reino de las aguas*. Ver nota 25. Sueños originarios, de Alberto Rodríguez Carucci, analiza su alcance, su simbología y su importancia.

do con su hermano Vochi<sup>19</sup>, quiso arreglar el Orinoco<sup>20</sup> de manera que se pudiera siempre seguir la corriente del agua para descender y para remontar el río. No muchas aguas habían seguido su curso después de este reconocimiento a vuelo de observador cuando una gabarra, cargada de cerdos y reses, en un trayecto que no debió ser superior a una semana, llevaba a Carpentier hacia Puerto Ayacucho<sup>21</sup>. Los libros sólo son importantes por lo que suscitan, pero también por lo que dejan en la memoria sin que ella lo perciba. Acostado en el chinchorro, llevando por toda lectura *El Orinoco ilustrado* y *El viaje a regiones equinocciales del nuevo continente*<sup>22</sup>, como si no le bastara la selva que a lado y lado lo custodiara, comparaba las piedras salidas como cabezas de elefante, las vueltas del río, las moles de granito, las bocas del Cuchivero y del Meta donde un cuarto de siglo atrás navegara José Eustasio Rivera<sup>23</sup>. Poco puede reprochársele a un hombre sus afanes libresco, como poco puede reprochársele al mundo que los hombres no tengan ojos lo bastante grandes para verlo. Más de cuanto Carpentier reconociera, estos dos libros habían encallado en él como galeones de bravo conquistador sorprendidos por Caribes<sup>24</sup>. No hacía mucho una curiara había recogido a Carpentier y a sus acompañantes<sup>25</sup> en Samariapo y los había dejado, después de pasar por la boca del río Vichada<sup>26</sup>, en San Fernando de Atabapo, donde conocería a Yannes –el griego famoso de la novela–. Una vez más, la falta de electricidad, de vehículos, así como el modo de vivir y de ser, lo remitía a épocas pretéritas, cuando los hom-

<sup>19</sup> Rodríguez Carucci, A. Sueños originarios. Mérida: Mucuglifo-Conac, 2001.

<sup>20</sup> En: Humboldt, T. III, p 327.

<sup>21</sup> Al final de Los pasos perdidos, Carpentier realiza una síntesis de su viaje.

<sup>22</sup> En: Chao, pp. 115-125.

<sup>23</sup> Peña Gutiérrez, Isaías. José Eustasio Rivera. Bogotá: Procultura, 1989, pp. 1-27.

<sup>24</sup> A lo largo del río Orinoco es frecuente escuchar relatos sobre galeones de buscadores de El Dorado, evangelizadores y conquistadores hundidos por los indígenas. Carpentier debió escucharlos. Recuérdese en la novela el pasaje, en el Valle de las Llamas, del cementerio de barcos.

<sup>25</sup> En entrevista oral al estudioso venezolano Alexis Márquez Rodríguez, se trataba de Anthony de Blois Carreño –corredor de autos y profesor de francés– e Hilario González –musicólogo cubano–. Sin embargo, el propio Carpentier refiere que conoció a Yannes en Upata (Chao, 117), pero cabe dudar, pues en la misma entrevista Carpentier sostiene que estuvo en San Carlos de Rionegro donde conoció al padre Bombeito, modelo de fray Pedro, pero Carpentier nunca estuvo allí, como puede inferirse de la nota al final de la novela.

<sup>26</sup> «Una tarde, en la confluencia del Orinoco y del Vichada, había una luz extraordinaria, tuve algo así como una iluminación. Y esta novela [Los pasos perdidos] nació en pocos segundos, completamente hecha, estructurada, construida. No tenía más que volver a Caracas y escribirla». En: Chao, R., pp. 118-119.

bres de armadura o de sotana larga empezaran a llegar por esos rumbos. Será la visión del Autana tepuy, entrando por el río Ventuari como si entrara de pronto en un mundo perdido, donde la solitaria geometría geológica emergida millones de años atrás del alma del planeta, dictara al viajero cerrar definitivamente aquellas páginas y ver la Capital de las formas.

## V

La memoria falla cuando la pasión es débil, y sólo se yerra el paso cuando se finca en el dolor la esencia del recuerdo. Quien viaja, se encomienda a la inteligencia y a la sensibilidad de sí mismo, con fe —sabiendo que lo hace a lo desconocido—, recordando que los creadores van con los ojos cerrados y el espíritu abierto, pues aunque los viajes implican la idea de regreso, cada parada está marcada por la fugacidad<sup>27</sup>, por la idea de no-retorno. Al modificarse la noción de tiempo, la de espacio adquiere una dimensión distinta: se convierte en síntesis de la eternidad. Los instantes, como señalara Bachelard<sup>28</sup>, se intuyen de manera progresiva, asemejándose al sentido agustiniano del presente (tiempo pasado, el del recuerdo; el presente, el de la intuición; el futuro, el de la espera). En el instante —sin medida de tiempo, segundos, minutos, días— del presente, sé lo que vendrá, pero el instante siguiente es nada, esa nada donde sólo cabe la expectativa ante el futuro, que también es intuida; es decir, somos conscientes de ella cuando sufrimos una desilusión. Por otro lado, hay una contradicción: si no regreso, ¿cómo y a quién daré cuenta de mi viaje? El Protagonista ronda en un universo semejante a un río en donde infructuosamente busca su rostro, el que desea tener en el futuro. Ese río es el Orinoco, río del tiempo en la novela. Desde la época del Gran Inundador, se quiso modificar su cauce para que sirviera al mismo tiempo de ida y vuelta; es decir, para eliminar la idea del regreso. Los ríos, como las aves y los hombres, van. No hay vuelta atrás, pasos que desandar, aguas que lamentar, vientos donde acopiar huella alguna. El protagonista sufre por el tiempo pretérito que el espacio (pues éste está en virtud de su desplazamiento) le ha entregado: el tiempo intuido del mito. Pero busca siempre otro universo, el que le habla de él mismo, por ello lo ignora y

<sup>27</sup> En *Los pasos perdidos*, los actos son fugacidad pura; es decir, instante que el tiempo arrastra hacia el olvido.

<sup>28</sup> Bachelard, G. *La intuición del instante*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.

vuelve a cargar la piedra de Sísifo. No le basta con encontrarse, con ser-esa-forma-que-anhelaba. Es aquel que no esperaba, aquel cuyo rostro jamás vio en espejo alguno. El viaje ha aumentado el tamaño de su pecho y ha borrado de sí la biblioteca vanidosa que dividiera su memoria entre aquello que era y aquello que deseaba ser. Se ha despojado de los falsos símbolos que lo ataban a esa cultura, se ha investido con los de su infancia y busca los propios. Ahora sólo es un hombre sobre la Tierra.